

XAVIER QUIRARTE
CIUDAD DE MÉXICO

Heliodoro Copado no guarda muchos recuerdos del rancho Neblinas en Querétaro, pues salió de allí cuando tenía tres años para irse a Ciudad Valles, San Luis Potosí. El nombre del rancho, dice, responde a que en ese lugar siempre había mucha niebla, imagen que sí retiene en su memoria.

Un día, ya de músico, regresó a su tierra porque lo contrataron para tocar. Ahí se dio cuenta de que no era lo mismo. "Había otras gentes, unos desconocidos y uno no se siente a gusto", dice mientras mueve la mano en señal de negación.

Ahora Heliodoro sí se siente a gusto porque está entre amigos en casa de Eduardo Llerenas y Mary Farquharson, quienes hicieron posible la edición del disco *La pasión* (Corasón, 2003), realizado en 1992 con su grupo Los Camperos de Valles, con Marcos Hernández en voz y jaranera y Gregorio Solano en voz y jarana. Grabado en el estudio Real World, en Inglaterra, el proyecto quedó archivado hasta que las cintas fueron recuperadas y se editó *La pasión*. A través de 15 canciones, escuchamos las cadencias de un violín que ha sido modelo de muchas generaciones y que habrá de ser escuchado en el futuro.

Para continuar con las celebraciones, hoy a la una de la tarde, el maestro Copado será homenajeado en la explanada de la Delegación Tlalpan. Y aunque se ha retirado de la música desde que sufrió una embolia hace ocho años, promete que al menos ejecutará alguna pieza o algunos solos para quitarse el cosquilleo de las manos.

DE LAS CANTINAS A LAS SALAS DE CONCIERTOS

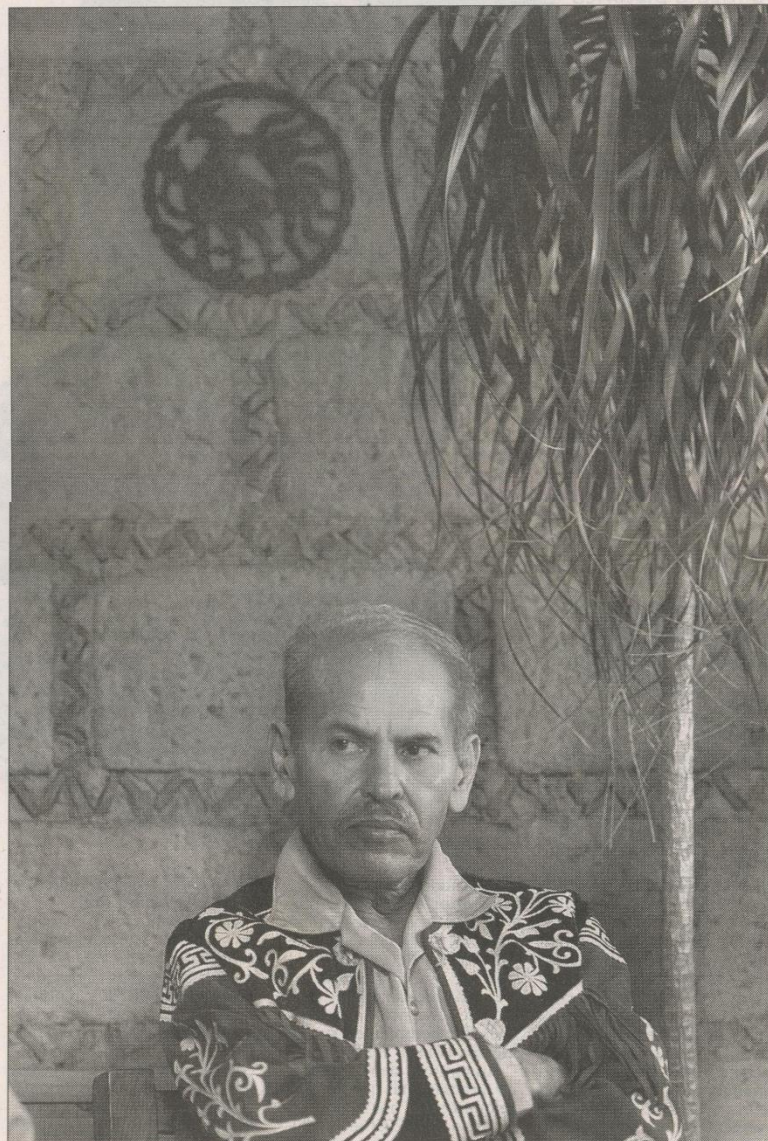
Desde que tiene uso de razón a Heliodoro Copado le gustaba la música, por lo que muy pequeño se ponía a jugar con violines y guitarras y luego les preguntaba a los músicos cómo funcionaba esto o aquello. "La mera verdad yo no estudié música", dice el hombre que no maneja conceptos como el de virtuosismo, pero tiene las dotes de los grandes violinistas. "Lo poquito que he aprendido lo he sabido nomás así: viendo a los otros músicos y preguntándoles cosas", dice con estilo directo.

De adolescente se decidió por el violín porque era fácil tocar sin necesidad de acompañante. Tenía un amigo, Francisco Gutiérrez, con el que hizo un pacto: "Vamos cooperando para comprar un violín". Ambos cumplieron y con el tiempo se hicieron de un instrumento. "Y ahí le fui dando", dice el hombre que lamenta haber perdido la destreza a causa de su enfermedad.

Desde los 16 años se ganaba la vida en las cantinas, trabajo que asegura, lo fue encarrilando, aunque en ese tiempo no sólo tocaba son sino todo lo que le pidieran. "Había muchos tríos y nos pedían que tocáramos canciones rancheras, como 'Sentencia' y 'Morenita mía', pero también boleros y otras cosas. Era duro andar en las cantinas porque los borrachos se peleaban entre ellos y uno andaba en medio, viendo. Luego se iba uno a otra cantina para seguirle buscando".

Heliodoro Copado, tributo a la pasión huasteca

Copado, uno de los grandes violinistas de nuestra música tradicional, será homenajeado hoy por Los Camperos de Valles, trío del que formó parte durante 25 años. En lo que promete ser una jornada candente de son huasteco, el músico ha prometido tocar aunque sea una pieza



El violinista celebra también la edición del disco *La pasión*, realizada en 1992. FOTO: PAOLA GARCÍA

En cumpleaños, bodas, aniversarios, quince años y otras fiestas no faltaban las cuerdas saltarinas del violín de don Heliodoro, que hacían sabroso contrapunto con los versos intinas y los rasgueos de la huapanguera y la jaranera. Pero cuenta que también había circunstancias más solemnes, por no decir escalofriantes. "Algu-

nos señores que estaban moribundos les pedían a sus señoras: Cuando me muera quiero que me entierren con música de violín. Así que nos hablaban e íbamos a tocarles a los muertos y yo sentía feo, se sentía lo escabroso. Aún así le tocábamos la música que le gustaba al señor".

Don Heliodoro no sabe de

remilgos, de lo contrario no habría sobrevivido tantos años como músico, además de que su capacidad para improvisar es impresionante. Cuando uno anda en las fiestas, asegura, "no puede uno decir que no se sabe una canción; si la gente ve que uno toca si le piden éste o la otra, luego lo aceptan a uno". ¿Que no le gustaban los sonos?

Fácil, dice el violinista: "le tocábamos la música de Pedro Infante o de Javier Solís, todo lo que nos pidieran".

Con Marcos Hernández formó Los Camperos Huastecos, nombre que luego cambiarían a Los Camperos de Valles con la inclusión de Gregorio Solano. Con este grupo se fue forjando la leyenda de Heliodoro Valle, al punto que ha sido el modelo para muchos violinistas jóvenes que quieren emular a su maestro, incluso los que viven en otros estados. A mediados de los setenta realizó dos grabaciones para Discos Corasón, lo que le permitió realizar giras por Estados Unidos y Europa, donde la gente no tenía relación con su música.

Aunque al principio se sentían incómodos por estar en países extraños, con idiomas que les sonaban raro, pronto constataron que la música es fuente de entendimiento entre culturas distintas.

"Al principio nos cohibíamos, pero Eduardo nos decía: ¡Ustedes échenle! Así que salíamos a tocar y se veía que a la gente le encantaba y, aunque no entendían lo que decían las canciones, al final todos aplaudían. Nos llevaban flores y nos abrazaban".

UN INSTRUMENTO DE FUEGO

El violín, que lleva en la parte posterior una estampa que le regalaron en uno de sus viajes a Europa y que representa una especie de tortuga, no está arrumbado. Aunque ya no toca en público, le gusta tomarlo en sus brazos, afinarlo y luego sonarlo. Le entristece saber que no tiene la fortaleza para pulsarlo como antes, cuando le sacaba fuego al instrumento. Cuando toca el violín, asegura, siente un gusto pero le entristece no poder tocar como antes.

Mientras coloca el instrumento en su regazo, dice que está muy agradecido con quienes organizaron el homenaje. Además, asegura que los años que le dedicó a la música fueron muy felices, ya que andaba por dondequiera. Viajaba y conocía a mucha gente, y hasta se tomaba sus tragos, aunque no demasiados para que el violín no lo traicionara.

Sonríe cuando uno le pregunta si nos puede contar sobre algún concierto memorable. "A la música que uno hace, en Europa les llaman conciertos, ¿verdad? Tocara donde tocara, siempre procuré hacerlo con todo el gusto. Ahora que si en Europa les llaman conciertos, para mí es sólo trabajo, nada más, aunque muy divertido".

El músico no recuerda la marca de su violín, pero le tiene gran cariño porque lo consiguió hace 15 años. Explica que hay algunos instrumentos de gran tradición, pero uno ya no sabe si son originales o copias. En todo caso, agrega, "lo importante es que uno encuentre el sonido que le agrade. Por ejemplo, a éste —dice señalando su violín— le tengo mucho aprecio porque hasta ahorita me ha sacado a la orilla. Por allá por la Huasteca me da a gusto que la gente me vaya a buscar y también que algunos jóvenes quieran tocar el violín como yo lo hacía. Con Los Camperos de Valles tocará un joven que dice que se aprendió todo lo que yo hacía en mis discos. Eso me da mucho gusto". ■